

Título: Federico Ferro Gay.

Autores: Heriberto Ramírez Luján y René Adrián Rodríguez Leal.

Última actualización: 23 de enero, 2024.

Cómo citar este artículo: Heriberto Ramírez Luján y René Adrián Rodríguez Leal, “Federico Ferro Gay” en Gabriel Vargas Lozano (Director). *Enciclopedia Electrónica de la Filosofía Mexicana*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa / Centro de documentación en filosofía latinoamericana e ibérica, 2014-2024.

Página de la *Enciclopedia Electrónica de la Filosofía Mexicana*:

<https://divcsh.izt.uam.mx/cefilibe/index.php/eefm/>

Página del Centro de documentación en filosofía latinoamericana e ibérica (CEFILIBE) de la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Iztapalapa (UAM-I):

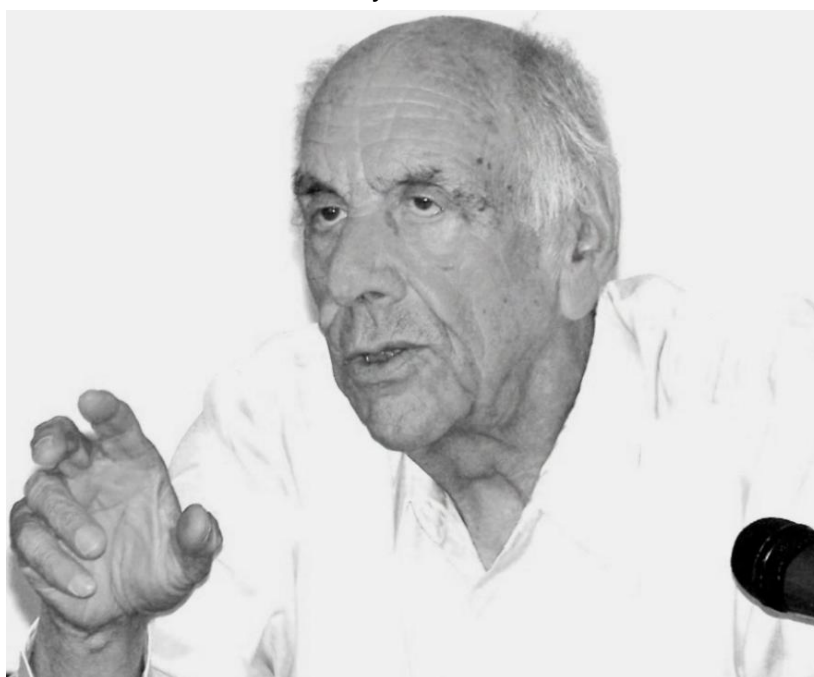
<https://divcsh.izt.uam.mx/cefilibe/>

FEDERICO FERRO GAY¹ (1926-2006)

Por Heriberto Ramírez Luján y René Adrián Rodríguez Leal

1. Un italiano llega a Parral, Chihuahua

Llegado de Turín, Italia, Ferro Gay se instaló hacia 1954 en Parral, Chihuahua. Hacia 1955 se mudó a la capital del estado, en la cual se había instituido recientemente la Universidad de Chihuahua. Los testimonios que disponemos nos hacen pensar que dicho traslado se debió a la invitación de la maestra Elvira García de García —dueña y directora de una escuela de inglés—, quien lo instó a dar clases, seguramente de italiano. La docencia pronto se convirtió en su modo de vida, pues impartió clases en el Instituto Femenino, la Preparatoria de la Universidad de Chihuahua y en la Escuela de Derecho de la misma institución. La historia de la filosofía, la enseñanza del italiano, la filosofía del derecho, teoría del derecho romano, metafísica y filosofía de la religión eran sus asignaturas de batalla.



Federico Ferro Gay en cátedra.

Hasta aquí uno se pregunta de manera casi obligada cuál era su formación académica, cuáles eran los estudios que lo acreditaban para la impartición de cátedra a nivel medio superior y superior. Entre sus estudiantes siempre circuló la versión de que había estudiado con Nicola Abbagnano, reconocido filósofo italiano, lo cual se traducían en admiración y respeto hacia el profesor.

Se dice que Ferro Gay realizó sus primeros estudios superiores en el Liceo G. B. Bodoni, en Saluzzo, Italia, en 1945. Luego, como laico, estudió teología en el Collegio Internazionale S. Alessio Falconieri, en Roma, en 1946. De 1947 a 1951 participó en el curso

¹ Existe una versión previa publicada en *Synthesis* 38, de 2006 que ha servido de base al presente texto.

de “Laurea en Letras Modernas”, en la Universidad degli Studi, en Turín. Inició su práctica docente en el Instituto Spagnesi, en Turín, entre 1947-1948, impartiendo historia universal; luego en el Instituto S. Felice, en Turín, 1949-1950, enseñando lengua y literatura francesa, y posteriormente en el Instituto Stadium, también en Turín, de 1950 a 1953, dando la materia de historia universal.

Sabemos que desde edad muy temprana Ferro Gay recibió lecciones de griego y latín en el internado de los salesianos, además de recibir de su maestro Luigi Zavattaro el amor por las humanidades y la inspiración para querer ser docente. En cierta ocasión el maestro Ferro Gay mencionó: “El maestro que yo más admiré, al cual tengo realmente se puede decir toda la inspiración de lo que he hecho es don Luigi Zavattaro” (2013).

Lo anterior nos hace pensar que sus primeros encuentros con los textos clásicos muy posiblemente se dieron en sus años juveniles, durante su estancia en el Liceo, aunque hasta ese momento aún no se percibían indicios de un interés en la filosofía como profesión. Esto podría conducirnos a creer que fue hasta su llegada a Chihuahua, —y previo a la fundación de la Escuela de Filosofía y Letras—, cuando emergieron en él las preocupaciones filosóficas a través del ejercicio de la cátedra. Como haya sido, lo cierto es que, a partir de entonces y hasta sus últimos días, profesó la actividad filosófica con una devoción sin igual. ¿Qué pudo haber llevado a Ferro a abrazar esta profesión en un ambiente cultural como el de Chihuahua, al que siempre hemos caracterizado por una supuesta aridez intelectual? ¿Sería este mismo semidesierto de ideas y publicaciones los que lo animaron a permanecer y a arar con la filosofía estos terrenos?

Con certeza no lo sabremos, pero cabe esa posibilidad. Es difícil imaginar la impresión que el Chihuahua de los cincuenta pudo haber producido en un humanista italiano de la posguerra. Sin embargo, quienes convivieron con él en ese periodo aclaran que esa supuesta aridez intelectual de la capital chihuahuense no era tal, al contrario, nos hablan de un ambiente nutrido de ideas, con librerías —como Casán, y Palas Atenas, con estantes bien surtidos de libros españoles, chilenos y mexicanos.

Destacaba en la sociedad un pequeño pero significativo grupo de médicos que abrazaban con fervor la cultura europea. Eso quizá ayude, en parte, a explicar por qué el maestro Ferro tuvo tan buena acogida en nuestra comunidad. A ello habría que añadir también su asociación con Gaspar Gumaro Orozco, a quien debió conocer en la Escuela de

Derecho, y quien tuvo un entusiasta interés por la literatura española, a la que le dedicó tiempo estudiándola de manera autodidacta. Así, en complicidad con otros personajes coludidos por el interés común en las letras, la filosofía y las humanidades en general, Ferro Gay perfiló un plan orientado a la creación de una escuela de filosofía y letras.

En el presente texto nos planteamos apreciar cuál era el compromiso intelectual de Federico Ferro Gay con la filosofía, el cual lo llevó a ser el principal impulsor para fundar el 4 de julio de 1963 lo que es hoy la Facultad de Filosofía y Letras. Con la mirada puesta en un horizonte promisorio, Ferro Gay concibió una escuela “vinculada con la realidad social y cultural, con el fin primordial aportar soluciones a los problemas colectivos, en el ámbito y con el cultivo de las disciplinas humanísticas”, según quedó asentado en el Acta constitutiva de dicha Facultad.

2. Tres epígrafes: ¿y qué pensaba Ferro acerca del hacer filosofía?

A los pocos años de establecidas las primeras bases de la Escuela de Filosofía, Letras y Periodismo, Ferro Gay se convierte en uno de los pioneros del ejercicio editorial en la Universidad de Chihuahua, al lado de Francisco R. Almada. Escribe los libros *Introducción histórica a la filosofía* en 1968² y *Hablemos italiano*, también publicado en 1968³, seguramente con la intención de utilizarlo como apoyo en sus clases de italiano, en la Escuela de Derecho y en la Preparatoria.

El buen ánimo y la entrega con la que Ferro Gay acometió el ejercicio del filosofar nos hace pensar que de manera inevitable tenía ya una idea clara de lo que este quehacer implicaba, si bien su noción del filosofar no la encontramos de manera explícita en sus textos históricos. Sin embargo, si indagamos en su *Introducción histórica a la filosofía* —y si lo hacemos asumiendo que toda historia de la filosofía es un filosofar tácito por sí—, tal vez podamos encontrar más indicios de cuál era su compromiso con esta disciplina. De la primera edición de su *Introducción* —que en vida de Ferro alcanzó cinco ediciones, hito editorial en el ámbito de la filosofía en nuestro contexto—, nos interesa resaltar su epígrafe:

No es la filosofía un artificio para el pueblo, ni propia para la ostentación. No está en las palabras, sino en las obras. No ha de usarse para pasar el día como algún placer para quitar su

² La primera edición aparece con el auspicio de la Escuela de Filosofía, Letras y Periodismo, A. C.

³ Fue una primera y única edición. En 2016 el profesor Luca Vincitore lo revisó y actualizó, se puede consultar ahora en versión digital.

fastidio a la ociosidad. Forma y modela el alma, ordena la vida, rige las acciones, indica lo que ha de hacerse y omitirse, se sienta al timón y dirige el curso de los que van fluctuando por las dudas. Sin ella, nadie puede vivir sin temor, sin ella nadie puede vivir con seguridad. Ocurren a cada hora innumerables accidentes que exigen un consejo que a ella ha de pedirse.

Este epígrafe, que está firmado por Lucio Anneo Séneca (Epístolas Morales, 16) en las ediciones posteriores se simplificaría para quedar simplemente: “La filosofía [...] No está en las palabras, sino en las obras”.

En las nuevas ediciones aparecieron otros dos epígrafes que conservan el mismo enfoque programático, en el sentido de que perfilan las ideas acerca de la filosofía que alientan su trabajo histórico. El segundo de ellos versa así: “La vida sin examen no vale la pena vivirse”.

Esta sentencia contiene el núcleo del ideal socrático. El parteaguas que significó la filosofía de Sócrates puede que para algunos resulte difícil de reconocer. En el caso de Ferro, al recoger esta expresión asume el compromiso de la filosofía con la crítica y el análisis respecto a la vida misma. Si volvemos la vista hacia la persona de Sócrates en la Atenas de su tiempo no dejará de recordarnos la figura del hombre disidente, del que fue capaz de apartarse de la masa para expresar su propio punto de vista asumiendo el alto costo de su obrar. Esta idea del sabio disidente habrá de remontarse en Ferro hasta Epicuro y su noción de *parénklisis*. Este movimiento de desviación que ocurre en uno de los átomos en su vertiginosa caída. Una asociación llevada al ámbito moral y ético por el mismo Epicuro.

En un tercer epígrafe Ferro incluye a su compatriota Antonio Gramsci, al que siempre profesó una gran admiración y respeto, como a pocos de entre los filósofos contemporáneos. El texto dice:

Si es cierto que toda filosofía es la expresión de una sociedad, debe reaccionar sobre la sociedad, determinar ciertos efectos, positivos y negativos, la medida en que reacciona es, precisamente, la medida de su alcance histórico, de su calidad de hecho histórico y no de elucubración individual.

Los tres aforismos anteriores, usados como epígrafes, ayudan a darnos una primera aproximación a las nociones de Ferro Gay sobre lo que él pensaba debía cimentar el ejercicio de la filosofía. Aunque conviene ampliar nuestra indagatoria hacia otras partes de su obra para enriquecer estas reflexiones.

3. Las columnas ferronianas. Fundar para qué

En ningún momento parece Ferro olvidar la pregunta recurrente del porqué y para qué hacer filosofía. En su ensayo “Filosofía, ¿para qué?”, con base en su propio diagnóstico sobre nuestros tiempos, arremete contra el racionalismo y su desembocadura “en una orgullosa autoconfianza, en creencias inmutables e inmovible estabilidad”, que, impostados en las condiciones de pobreza y malestar surgidas de la revolución industrial, todavía luchamos por erradicar. Un tiempo en el que los filósofos sociales creían poder “lograr un conocimiento del hombre aplicando los métodos de las ciencias empíricas a los procesos psicológicos y sociales”. Una forma de pensamiento que se extendió hasta el mismo marxismo, porque Marx veía en la ciencia una guía para el progreso humano, que ofrecía las respuestas correctas a todos los problemas sociales.

En el siglo XIX empieza, para la filosofía, una doble tradición: en un aspecto se trata de sostener y demostrar la inevitabilidad del “progreso”, combinando esta tesis con la creencia de que la naturaleza humana, así como el universo físico, no se configuran en leyes sencillas que pueden ser descubiertas por la ciencia. Y en otro se toma en cuenta un nuevo predicamento humano producido por las nuevas condiciones de vida que el hombre enfrenta en este esquema de progreso: la urbanización, con la anonimidad que implica; el desarraigo de la vida moderna; la producción en serie, con la separación del productor de su producto y de cualquier sentimiento de realización que pudiera experimentar; la ausencia de Dios y una angustia fruto de la soledad. Todos estos factores contribuyeron a la enajenación del hombre. (Ferro Gay 2003, 23-24).

El común denominador de ambos aspectos es la confianza y el optimismo en la ciencia: “como si fuera un nuevo dios con nuevas posibilidades de redimirnos”. Aunque Ferro da cuenta de otro movimiento opuesto al anterior, “al que al principio se le tomó poco en cuenta, es decir, el ataque a la ciencia y a la tecnología formulado por Dostoievski, en el cual se rechazaban todas las afirmaciones contenidas en el pensamiento dominante” (2003, 24). Los seguidores de este contra-movimiento, entre los que estaban Kierkegaard y Nietzsche, asumieron una actitud hostil para con la ciencia, acompañada de un escepticismo en la aplicación del método científico a la solución de problemas económicos políticos y sociales.

Tal actitud era para hacer un viraje de la “objetividad” a la “subjetividad”, mostrando así un interés hacia el hombre como individuo, no como miembro de una sociedad organizada.

Debe notarse que ese interés en el “yo” consistía en considerar al hombre no tanto como sujeto de conocimiento, sino de elección, de decisión” (24).

Se trataba de una condena a la cultura que había traído la despreciable enajenación, haciendo énfasis en la vida interior y rechazando con fuerza el optimismo que nos enseñó que es mucho más importante llegar a un yo consciente que tratar de mejorar el ambiente en que vivimos. Para el maestro Ferro se trata de condiciones que no han desaparecido: al contrario, han empeorado.

En el fondo Ferro se dirige, a nuestro parecer, a zanjar diferencias con respecto a la filosofía analítica que representó durante un buen tiempo la filosofía oficial. Nos recuerda que tenemos un regreso a un optimismo científico. Se trata, en sus palabras, de “un nuevo tipo de científicismo que rehúsa tomar en cuenta los problemas clásicos de la filosofía con el pretexto de que solo la ciencia tiene problemas”. Para expresarlo se vale de una cita de Moritz Schlick extraída de *The Future of Philosophy*, en la que dice: “no hay verdades filosóficas específicas que contengan la solución de problemas filosóficos específicos, sino que la filosofía tiene la tarea de encontrar el sentido de todos los problemas y de sus soluciones. Debe definirse como la actividad de encontrar sentido”. Ferro Gay encuentra en esto una reformulación del significado de la actividad filosófica, definida en el simple análisis lógico del lenguaje. El filósofo en esta perspectiva —para él—, tiene la exclusiva tarea de analizar los métodos y el lenguaje del científico para proporcionarle una lógica rigurosa. Un punto de vista, insiste, en franca oposición a la tarea clásica de la filosofía, “que consiste en proporcionar sinopsis de la experiencia y presentar vistas generales del progreso de nuestra civilización”.

Su embate no se detiene ahí, retoma de nuevo a Schlick cuando dice “el destino de todos los problemas filosóficos es este: algunos de ellos desaparecerán al descubrirse que son siempre malentendidos acerca de nuestro lenguaje, y los demás se presentarán como cuestiones científicas ordinarias, disfrazadas. Estas cuestiones determinan todo el futuro de la filosofía”. Con cierto enfado, Ferro comenta que, si la única tarea del filósofo se reduce a esta actividad, su tarea ya no se justificará. El simple análisis del lenguaje no puede ser el único objetivo de la filosofía, ni siquiera el más importante. Porque, sostiene, “no podemos permanecer neutrales en un mundo en donde la mínima acción es mucho más importante que la mejor teoría”.

Para Ferro

la filosofía no es solamente un análisis del lenguaje empleado por la ciencia para describirlos hechos, es también una crítica, y esta conciencia crítica está fundamentada en el famoso apotegma socrático según el cual “la vida sin examen no vale la pena vivirse”. El examen de la vida al cual el gran filósofo griego consagró la mayor parte de su existencia, por el cual estaba dispuesto a morir, incluye todo el aspecto social y axiológico de la filosofía, tal aspecto debería poder manifestarse en los diferentes niveles del quehacer filosófico (27).

Lo que Ferro subraya a lo largo de este ensayo es que “la enajenación es todavía el problema más importante con el que la filosofía debe enfrentarse para su solución”. Una responsabilidad que nos incluye a todos, más allá de los profesionales de la filosofía, de lo contrario, “no pasará mucho tiempo para que asistamos a una acelerada marcha hacia la nada, y tal vez ya sea demasiado tarde”.

Son estas reflexiones dignas de ser tomadas en cuenta, sobre todo cuando nos alecciona a “que toda escuela o facultad de filosofía debería revelar su presencia en la universidad y en la comunidad a la cual pertenece, convirtiéndose en su conciencia”. Pues dice, en muchas ciudades —sin excluir la nuestra—, a la comunidad filosófica muy apenas se le conoce, porque no existen lazos con la comunidad en la cual se inserta. En su tiempo, Ferro pensaba que la filosofía de la liberación era la excepción.

En otro texto, y valiéndose de su amplio conocimiento de la historia, Ferro extrajo algunas interesantes, pero no menos discutibles conclusiones. Me refiero a aquellas expuestas en el sugerente ensayo “La filosofía sin sostén”⁴. Por ejemplo, su idea de “la estabilidad de la naturaleza humana a través del tiempo”, una tesis que formó parte de su pensamiento. Ferro reconoce en la ciencia y la tecnología un progreso real, pero en lo que se refiere a las “actitudes humanas hacia la vida, a los cambios radicales en sus hábitos ha resultado del todo insignificante”. “Lo único que permanece en la conciencia del hombre como algo absurdamente estable es la duda. La duda dio origen a la filosofía, y es prácticamente la fuente de toda certeza”.

La duda es, filosóficamente, un problema serio. Los humanos para solucionarlo hemos abierto dos caminos, señala Ferro. El primero consiste en aceptar el desafío y utilizar el poder reflexivo para buscar la manera de desentrañar el misterio que nos rodea. Es el camino de la investigación científica que nos lleva a descubrir la verdad y la actividad filosófica para evitar

⁴ Versión original en *Metamorfosis*, No. 10, Época III, mayo, 1979.

que la verdad nos aplaste. El segundo consiste en buscar la forma de transformar la duda en verdad absoluta. Para ello se ha empleado una forma llana y sencilla: las ideologías. Al hacer esta última reflexión pareciera deslizarse una advertencia que nos hace recordar aquella enfática sentencia que solía subrayar en sus cátedras: a través de los tiempos, el hombre, los humanos, siempre han buscado el poder.

De ahí la conveniencia de su aclaración respecto a que una ideología debe distinguirse de una teoría científica, en cuanto esta última es objetiva simplemente porque su propósito no es el de persuadir. Así, la función de una ideología es la de persuadir, enderezar la acción del pueblo hacia un objetivo, por lo cual debe tener la capacidad de controlar y dirigir la conducta de los demás ante una determinada situación. Luego nos confronta con la pregunta: ¿cómo puede la filosofía cumplir con su tarea sin convertirse ella misma en ideología? Él mismo nos responde:

Pienso que ésta debe consistir más bien en una actitud de acercarse a un determinado tipo de problemática que en una secuencia específica de creencias. Una actitud para buscar el sentido de la vida humana y luego producir en el hombre la capacidad de experimentar perplejidad acerca de tal sentido, su relación con los demás y la naturaleza del mundo que lo rodea (2003, 35).

De ello se sigue que la filosofía, más que un cuerpo de conocimiento o de información es algo que “ayudará a la reflexión ordinaria del hombre, mostrándole cómo debe equilibrar sus diferentes grupos de necesidades”. Es también una actitud prudente hacia el cambio y una auténtica preparación para él mismo. La filosofía, entonces, debería tratar de reparar el daño ocasionado por la ciencia a los puntos de vista tradicionales y ayudar a los hombres a reexaminar tales puntos sin atacar a los científicos. Si se habla de la filosofía como amor a la sabiduría, entonces, piensa Ferro, esta palabra habrá de entenderse como una actitud para evaluar y sopesar formas de acción que puedan adaptarse a una razonable interpretación de nuestra situación humana.

De este mismo ensayo se desprenden otras importantes reflexiones. Por ejemplo, Ferro precisa que:

Es imposible filosofar sin aceptar la oportunidad que esta actividad nos brinda para el autoexamen y el examen de nuestra sociedad. Si no se alcanza esta libertad, no habrá característica distintiva entre filosofía e ideología y, en tal caso, la filosofía se convertirá en un método complicado para justificar los intereses ocultos de las ideologías que son siempre intereses inconfesables de grupos organizados para alcanzar el poder y conservarlo [...] La

tarea de la filosofía no es solamente la de luchar en contra de las ideologías, claro está, pero esta es una de las más nobles tareas. Lo importante es no caer en las redes de una ideología y dejar que ella piense y decida por nosotros [...] El hecho realmente importante que debemos aceptar es que si queremos cambiar nuestra sociedad (y por tanto el mundo) debemos antes cambiarnos a nosotros como parte de ella (2003, 36).

A continuación, nos planteamos buscar si en algún lugar de sus textos Ferro nos aclara cómo es que una filosofía puede llegar a ser la expresión de una sociedad, como no lo fue en el caso de Sócrates o de Séneca. Esto es, cómo una filosofía puede convertirse en pública para dejar de ser privada, sin que al mismo tiempo llegue a convertirse en una ideología. ¿Estará la respuesta en su concepto de la educación? Echemos un vistazo a los textos donde aborda este quehacer.

4. El camino de la educación

En sus reflexiones sobre la educación nos encontramos el ensayo “El educador”, con meditaciones profundas, acentuadas por un marcado escepticismo teórico producto de su larga experiencia, por lo cual señala que “no hay una educación que pueda ser impartida indistintamente. Ello es solo una abstracción. Hay, por el contrario, educandos, seres humanos en formación que deben ser atendidos individualmente en la irrepetibilidad de su propia personalidad”. Señala que, como educadores, en realidad no preparamos a nuestros alumnos para el difícil arte de vivir. Para ello, citando de nuevo a Gramsci, sostiene que “hay que destruir el prejuicio, muy difundido, de que la filosofía es algo muy difícil por el hecho de ser la actividad intelectual propia de una determinada categoría de científicos especialistas o de filósofos profesionales o sistemáticos”. De lo cual se desprende, pues, que la justificación de la filosofía como función social está en recabar tanto el pensamiento “espontáneo” como el “sistemático”, una problemática que refleja efectivamente la situación de la sociedad y el reaccionar sobre ella, es decir, intentar transformarla.

Al respecto, él mismo se pregunta: si queremos ser educadores (y no sólo instructores), ¿cuál es el tipo de filosofía que hay que convertir en praxis dentro de la educación? Esta respuesta la amplía en otro ensayo, “El gigante y el enano”. Lo primero, sería abrazar el modelo socrático, el cual nos enseña que el objeto único de la educación son los problemas humanos. El objetivo de la educación socrática señala, es la concientización, y examinar, como se ha insistido, la vida de manera crítica.

Pero, aparte del modelo griego, Ferro se refiere a otro modelo fundamental que se halló inserto en otro ingrediente de nuestra civilización occidental: el modelo que se deriva de las enseñanzas de Jesucristo y que constituye otro intento de destruir las relaciones gigante-enano. Ferro se muestra convencido de que este modelo, al igual que el griego, se fundamentó en un reconocimiento total de la dignidad de la persona humana, pero contrariamente a aquél, éste abarca a todos los hombres, incluso a los pueblos bárbaros que los griegos despreciaban.

5. Un recuento de los hechos

Regresaremos de nuevo nuestra mirada sobre su Introducción, para señalar algunos cambios apreciados a partir de la cuarta edición, que a nuestro juicio merecen ser subrayados. Por ejemplo, la supresión, a partir de la segunda edición, de la filosofía oriental, la cual justificará veladamente en las introducciones posteriores, expresando el gran respeto que siente por tal filosofía. Aparte de sus epígrafes ya señalados hay otros cambios que nos parecen sustantivos, como la inclusión a partir de la cuarta edición —que se mantienen en la quinta—, de sus Conclusiones, un texto anexado a manera de epílogo. ¿Qué hay en ellas digno de ser consideradas? A tales conclusiones Ferro las subtitula “Situación de la filosofía contemporánea”. La fuerza de las ideas —lo que él llama la razón crítica— es la que, a su juicio, debería esforzarse por impedir “toda concepción acrítica, aproblemática, que es el presupuesto y la expresión del espíritu de intolerancia característico de toda sociedad cerrada y estática”. Si esta concepción prevaleciera, piensa, entonces negaría toda libertad de conciencia que supone toda filosofía auténtica. Es tal la confianza de Ferro en las ideas que les confiere una fuerza capaz de propugnar y afirmar estas libertades de pensamiento y de conciencia, siempre “propicias para entablar un diálogo fructífero y socialmente eficaz”. Pero, desafortunadamente él concibe que esto no ocurre así, pues encuentra que:

La filosofía, a lo largo de la historia, salvo en raras ocasiones, ha institucionalizado las ideas, y de esta manera se ha convertido en una justificación del poder constituido, ya se haciéndolo en directo, ya sea soslayando delictuosamente una problemática que debería enfrentar, so pretexto de que no le corresponde. Esto quiere decir que el profesional que se dedica a ella no solo se convierte en un siervo del *establishment*, sino que tiende a formar una autoposición (2003, 389).

Ve en el filósofo a un profesional artificioso que se construye su propio interés con tal de no ser rebajado a hacer un trabajo manual, si bien más remunerado, menos respetado. Ese impulso le lleva a exagerar la dificultad de su trabajo y la complejidad del talento necesario para desempeñarlo. “En ese aislamiento, en esta indiferencia, el filósofo cree no tener ligas más que con la teoría, mientras que, por el contrario, sirve a los grupos minoritarios y privilegiados ya se económica o políticamente” (p. 390). Ferro escribe esto con la mira puesta en la sociedad de principios de los noventa, con referencia a lo que él considera un fraude filosófico, ejemplificándolo en la filosofía oficial, la positivista y la marxista ortodoxa.

El neopositivismo se inserta en la tradición analítica. Para este tipo de filosofía la “claridad” reviste una importancia especial. La razón es que mucha de nuestra experiencia es generalmente confusa. La claridad, según esto, se alcanzará cuando se sustituya un conglomerado de esta naturaleza por la comprensión de la secuencia de entidades simples (no ambiguas), plenamente identificadas [...], la claridad, la precisión, es algo que se sabe desde la época del movimiento sofístico en Grecia, pero no debe convertirse en el único quehacer de la actividad filosófica. Si fuera así tendría como resultado un desinterés absoluto por la problemática social, con su correspondiente correlato de desvinculación histórica. Se interrumpiría el diálogo con la tradición (2003, 390).

A estos filósofos, Ferro los encuentra encerrados en una torre de marfil, entregados en exclusiva a resolver problemas de lógica relacional y de semántica, sin prestar atención para nada a lo que ocurre a su alrededor, dejando en el olvido completo que la primera y principal pregunta de la filosofía, dice, citando a su compatriota Gramsci, es acerca del hombre. Su crítica la resume en que “hay que saber jerarquizar entre las diferentes necesidades humanas: cuáles son realmente las más importantes, las que urgen”. Contra el marxismo también hace manifiesta su inconformidad: que, nacida como una filosofía subversiva, haya perdido su carácter disidente, y perdido también la posibilidad de ver con precisión y claridad cuál es el núcleo rescatable y cuáles son las desviaciones que se deben corregir. En su oficialidad, el marxismo ortodoxo adopta mucha de la intransigencia de la Iglesia católica, pues pierde su tiempo en analizar la ortodoxia en vez de ocuparse en lo que Ferro Gay llamaba “ortopraxis”. Una situación que se convierte en un impedimento para el desarrollo del espíritu crítico, revolucionario y transformador, tal como Marx lo había asentado en la recurrente *Tesis once* sobre Feuerbach. Entre ambas tradiciones, la analítica y la marxista ortodoxa, Ferro encuentra un rasgo común: “la existencia de un conjunto de verdades inalterables a las que debe

adaptarse la realidad y no viceversa”. Recapacitando de manera crítica, enfatiza: “asumen una posición en la cual el pensamiento ha de seguir las pautas de la ciencia natural”.

6. Criar la historia de la filosofía

Cuando en 1984 Ferro Gay partía a Ciudad Juárez para impartir cátedra en su universidad, ya llevaba bajo el brazo avances importantes del primer libro de su trilogía *De la sabiduría de los romanos*⁵ —realizado en parte gracias a una beca del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, división Chihuahua 1981-1982, mientras estaba de año sabático en la UACH—, el cual publica en coautoría con Jorge Benavides Lee. Es en la parte introductoria de este libro de donde hemos tomado su concepto de la criba, un utensilio utilizado en la agricultura y en otras prácticas como la minería y la albañilería. Ferro Gay y Benavides Lee se valen de él cuando se refieren a la tradición filosófica romana, sobre la que señalan:

la herencia que nos legó, claro está, no es totalmente aprovechable, pero habrá que oír su voz de nuevo para poder separar las buenas semillas de las malas y estériles. Para poder realizar esta criba, habrá que tomar en cuenta todas las voces que tuvieron importancia en la Urbe: las de los dirigentes, las de los incondicionales, las de los disidentes, las de los críticos (1989, 10).

En *De la sabiduría de los griegos*⁶, Ferro se vale del mismo símil:

Los griegos nos habían puesto en guardia sobre muchos peligros que habríamos corrido (y, en efecto, así sucedió) a lo largo de nuestra historia. Nunca les hicimos caso. No todos sus consejos eran atinados, pero habrá que oír su voz de nuevo para separar las buenas semillas de las malas y estériles. Para poder realizar esta criba habrá también que distinguir la filosofía oficial de la disidente. Estas fueron dos posturas diversas, cuya valorización cabal no ha sido todavía debidamente desentrañada por los eruditos (1989, 12).

Con *De la sabiduría de la Edad Media*⁷, Ferro completó su trilogía y pareció cerrar su ciclo de investigación histórica, pues siempre consideró que sus alcances intelectuales terminaban ahí. De manera reiterada empleó el mismo recurso, ahora en referencia al estudio del cristianismo que cruza a toda la Edad Media, que bien “podría alertarnos en relación con muchos peligros que hemos corrido y estamos corriendo a lo largo de nuestra existencia [...]; sin embargo, habrá que oír su voz una y otra vez, para poder separar las buenas semillas...Para poder realizar esta criba...”.

⁵ Federico Ferro Gay y Jorge Benavides Lee. 1989. *De la sabiduría de los romanos*. Universidad Nacional Autónoma de México.

⁶ Federico Ferro Gay. 1995. *De la sabiduría de los griegos*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

⁷ Federico Ferro Gay. 1995. *De la sabiduría de la Edad Media*. Universidad Autónoma de Zacatecas.

Solemos pensar que Ferro Gay era un apasionado del mundo griego, quizá hasta obseso. Ciertamente es que hay razones para pensar en ello, pues solía repetir siempre que un cierto problema de carácter filosófico se presentaba, que “los griegos ya lo habían pensado”. Cuando uno ve con más cuidado el proceso de su criba sorprende, al menos en el caso de cada uno de los títulos de su trilogía, cómo abraza con el mismo fervor intelectual cada una de las tradiciones filosóficas de las que se ha ocupado al historiar. Así se aprecia en cada caso.

Podemos entonces concluir, sin miedo a equivocarnos, que, de todos los ayeres de nuestra civilización, Grecia es ciertamente el más importante y significativo (1995, 298). [...] Nuestra vida está permeada, más que de cualquier otra cultura, de la civilización que se produjo en Roma y nuestras actitudes frente a la vida pueden encontrar “un lugar común explicativo” en ese ayer que, de todos nuestros ayeres, es, tal vez, el más conocido y el que mayor significado tiene para nosotros (1989, 319). [...] Podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que, de todos los ayeres de nuestra civilización, la Edad Media es, ciertamente uno de los más importantes y significativos (1995, 266).

Si antes hemos dicho que toda historia de la filosofía es también un trabajo filosófico o de criba, quizá debemos plantear ahora algunas preguntas. Por ejemplo: ¿cuáles eran los criterios de Ferro al momento de pasar por su criba las distintas tradiciones filosóficas? De entre sus preferencias históricas, ¿podríamos inferirlos compromisos filosóficos que le resultaban más afines? Conviene tener presente que una de sus premisas sustantivas es que todo significado de la vida se desarrolla en el tiempo, y ese tiempo debe adquirir un significado, entonces –anteponer Ferro– es necesario seleccionar un instrumento que nos lleve a alcanzar tales significados y nos ayude a dar sentido a nuestra existencia. A su entender ese instrumento es la filosofía. Mas luego se pregunta ¿qué tipo de filosofía? Para lo cual en su ensayo “La necesidad actual de una filosofía de la praxis” propone algunas reflexiones:

Debemos recordar que todo sistema filosófico debe respetar la ciencia de la cual deriva y debe cuidar de que sus principios eleven a la humanidad hacia un nivel más alto de su vida material y moral. Este es el más alto propósito de la actividad filosófica, y el más notable: si no fuera así, sería mejor para los hombres cerrar definitivamente la puerta a su capacidad de pensar (2003, 71).

Esto lo dice ante una senda que presenta dos vertientes: una filosofía especulativa que describe simplemente en teorías complicadas los distintos aspectos de la vida humana, o una filosofía activa que no se contenta con describir, sino que busque remediar los problemas humanos y tenga la capacidad de indicarnos los mejores caminos a seguir. En la filosofía, le parece a Ferro, “no tiene lugar la elucubración individual, sino como toda empresa humana, es

estrictamente colectiva y no debe permitir el elitismo enajenante de especulaciones y proyectos no acordes con la realidad”.

A partir de esta idea infiere y resume que los intereses y las preocupaciones de una filosofía de la práctica son los intentos de propiciar una transformación benéfica de la sociedad en un tiempo específico, para corregir los errores en que haya caído; intentando redimensionar una y otra vez la vida del hombre para que no se aparte de sus posibilidades de realizaciones estricta y genuinamente humanas. Se vale de un fragmento de la carta dirigida a Meneceo por Epicuro para ejemplificar su mensaje: “No son los convites ni las fiestas continuas, ni la posesión de niños o mujeres lo que hace dulce la vida, sino la prudencia, la cual nos enseña que no es posible vivir placenteramente sin sabiduría, belleza y justicia”. Dicho en sus palabras “los ingredientes de la vida feliz, la que proporciona satisfacción, la que llena el espíritu, son la sabiduría (el discernimiento entre bienes y valores), la belleza (la auténtica armonía de las formas) y la justicia (el equilibrio entre deberes y derechos)”. Vuelve a Epicuro cuando dice “no hay que violentar la naturaleza sino persuadirla; y la persuadiremos satisfaciendo los deseos necesarios, los naturales, siempre que no resulten perjudiciales, y rechazando rigurosamente los nocivos”. Y remata con una pregunta sentenciosa de Cristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”

Las ideas acerca de lo que para Federico Ferro Gay significaba hacer filosofía pueden ser cuestionadas, pero sobre ellas cimentó sus aportaciones, una herencia perdurable que se ha mantenido de pie durante sesenta años, aun con duros y violentos vientos soplando en su contra. Sobre estas bases el maestro Ferro fue construyendo su pensamiento y un legado que fue cristalizando en una larga vida docente en múltiples espacios, en varios libros, no demasiados, pero suficientes para apreciar su estatura intelectual y un compromiso ilimitado con las humanidades.

Sus clases eran sobre todo charlas amenas y memorables envueltas en el aroma del tabaco que fumaba con fruición, haciendo gala de su infinita erudición y de una oralidad privilegiada. De su magisterio podemos destacar que formó e influyó una gran cantidad de sus estudiantes a lo largo de muchas generaciones, sembrando en cada uno de ellos el gusto por la filosofía a secas, pero también por las humanidades y la historia de la filosofía griega, romana y medieval. Entre ellos puede mencionarse a Carlos Montemayor, Arturo Rico Bovio, Olac Fuentes, Enrique Pallares, Armando Loera, Antonio Muñoz, Librada Rivera, Bertha

Falomir, Jorge Benavidez, Heriberto Ramírez, Estela Fernández, Adrián Rentería, Patricia Ruiz, Esteban Gasson, Concepción Landa, Víctor Hernández, Ysla Campbell, Rubén Lau, Ulises Campbell, Héctor Pedraza, entre muchos otros. Buscó incubar en cada uno de ellos un sentido de compromiso social a través de la filosofía, con base en su idea de que ésta adquiere significancia en la medida en que conduzca a prácticas que favorezcan la condición humana. Además, transmitió un ejemplo de trabajo sin término, escribiendo siempre en su vieja máquina y traduciendo ya sea del griego, latín, italiano o inglés. Ni qué decir de su profunda devoción por Dante, Dostoievski y Eco, pues mantuvo siempre abierta la frontera entre filosofía y literatura. Parte de su herencia ha quedado registrada para la posteridad en su producción bibliográfica, que va desde la historia de la literatura italiana a su traducción de los filósofos presocráticos, libros que aún son buscados y reeditados.

OBRAS:

Hablemos italiano (1968).

Introducción Histórica a la Filosofía (1966,1968, 1991, 2003.)

De la sabiduría de los romanos (1989).

Breve Historia de la literatura italiana (1990).

De la sabiduría de los griegos (1995).

De la sabiduría de la Edad Media (1995).

Antología Bilingüe del Derecho Romano (1997).

Curso elemental de latín (1997).

Lo divino en lo humano. Ensayos Filosóficos (2003).

Ahora, UACJMedia Tiempo. *Federico Ferro Gay. Humanidades en el Desierto*. 23 de septiembre de 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=TCgr1RsVGVs>

Federico Ferro Gay, Jorge Benavides Lee. *De la sabiduría de los romanos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

Federico Ferro Gay, José Luis Orozco. *Introducción histórica a la filosofía*. Chihuahua: Universidad Autónoma de Chihuahua, 2003.

- Ferro Gay, Federico. «Filosofía, ¿para qué?» En *Lo divino en lo humano*, de Federico Ferro Gay, 23-30. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Chihuahua / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.
- . *De la sabiduría de la Edad Media*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas, 1995.
- . *De la sabiduría de los griegos*. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1995.
- . «La filosofía sin sostén.» En *Lo divino en lo humano. Ensayos filosóficos*, de Federico Ferro Gay, 31-38. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma Chihuahua / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.
- . «La necesidad actual de una filosofía de la praxis.» En *Lo divino en lo humano*, de Federico Ferro Gay, 69-76. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Chihuahua / Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2003.
- Rancho Las Voces. s.f. <https://rancholasvoces.blogspot.com/2006/05/fallece-federico-ferro-gay.html> (último acceso: 31 de Marzo de 2023).